

NOSOTROS Y EL MARXISMO

Florestan Fernandes

Sociólogo brasileño (1920-1995) Militante de las causas públicas como la educación gratuita y universal, las políticas afirmativas, la reforma agraria, su obra está siendo redescubierta por las nuevas generaciones de brasileños en las universidades y en los movimientos populares, como el Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST) y la organización Consulta Popular. Autor, entre otras muchas obras, de: *A etnologia e a sociologia no Brasil* (1958); *Fundamentos empíricos da explicação sociológica* (1959); *Mudanças sociais no Brasil* (1960); *A integração do negro na sociedade de classes* (1964); *Sociedade de classes e subdesenvolvimento* (1968); *A investigação etnológica no Brasil e outros ensaios* (1975); *A revolução burguesa no Brasil* (1975).

*Traducción de Boris Inti Chamani Velasco*¹

NOTA EXPLICATIVA

Entre las discusiones ideológicas sobre la *crisis del marxismo*, sobresale una tendencia: aquella que afirma la idea de que «Marx está superado», independientemente del valor intrínseco de sus ideas. Él solamente podría haber tomado en cuenta las condiciones en que aparece y se desenvuelve inicialmente el capital industrial. Luego, posteriormente, el capital sufrió sucesivas transformaciones tecnológicas, organizativas y se internacionalizó, acompañando la evolución del mercado mundial. En consecuencia, las ideas de Marx valen tanto teórica como prácticamente para el “*capitalismo de su época*”. Sería inútil pretender encuadrar la realidad en fórmulas que no poseen más existencia real. Para establecer la validez del marxismo en la economía o en la práctica política revolucionaria, sería preciso construir una nueva teoría revolucionaria y una nueva praxis, que mantuviesen algunas premisas de las ideas originarias de Marx, pero que partiesen de la situación existente.

Poder llamar a tales revisionistas como “revisionistas orgánicos” –y el prototipo continúa siendo Bernstein, no obstante la envergadura de la revisión en nuestros días, aleja mucho más la teoría de la práctica. Sin embargo, esa teoría se propone un objetivo que no caía en el horizonte intelectual de Marx, o sea, edificar una ciencia de la economía; y la “nueva práctica” se pierde en el retroceso (o aburguesamiento definitivo) del socialismo reformista (como “socialismo democrático” *tout court*). No pretendo levantar aquí una discusión sobre estas dos cuestiones. La crisis del marxismo hoy afecta muchos factores que no pueden ser evaluados simplemente en un pequeño artículo. Y lo esencial para quien se coloca en una posición verdaderamente marxista, consiste aún en separar aquello que en esta crisis procede del crecimiento inevitable del marxismo, en las condiciones revolucionarias actuales, de la mistificación ideológica que intenta hacerse pasar por “marxismo”, y que asume varias formas (a partir de la Europa y de los Estados Unidos o, también de los países en transición hacia el socialismo). Dentro de una posición marxista coherente, la *crisis* es un proceso normal y necesario – y no presupone la negación de las “ideas de Marx”. Si se considera que Marx investigó no sólo el capitalismo de su época, sino también las condiciones objetivas de producción y reproducción de la acumulación capitalista acelerada, solamente sería posible negar “*sus ideas*” si el capitalismo se hubiese vuelto su propio contrario, o sea, si la plus-valía relativa, la

¹ Título original en portugués: *Nós e o marxismo*, 1ra. Ed., São Paulo, Expressão Popular, 2009, 56 p. (La primera edición salió bajo el título “*Marx Hoje*” en: *Revista Nova Escrita Ensaio*, São Paulo, 1983, p.125-146). Agradecemos a Heloísa Fernandes la autorización y revisión de esta traducción, hecha en Bolivia en 2010 y dedicada a la “Escuela Nacional Florestan Fernandes” (ENFF) del MST-Brasil, en señal de militante agradecimiento, y con el propósito deliberado de difundir en español el pensamiento de F. Fernandes: “¡*Contra la intolerancia de los ricos, la intransigencia de los pobres!*”

manipulación económica, social y política del ejército industrial reserva, la concentración y la centralización del capital, las clases y la dominación de clase, etc., hubiesen desaparecido. Pero nada de esto ocurrió. Las contradicciones del capitalismo monopolista y del imperialismo asumen dimensiones aterradoras exactamente por esto. Todas esas contradicciones objetivas fueron puestas en un contexto internacional, lo cual confirió a las contradicciones básicas del capital industrial un gigantismo y una magnitud ultra destructiva que no podría haber tenido en la época de Marx. Por otro lado, esa evolución fortaleció al capital en contra del movimiento obrero revolucionario. Eso es evidente. Con todo, y aún así, la demostración hecha por Marx conserva su valor. Al manifestarse contra la existencia y el desarrollo de “naciones socialistas”, la contra-revolución del capital centuplica las proporciones de la revolución social. Por tanto, contrariamente a lo que piensan los adeptos del reformismo “democrático”, la necesidad de la revolución contra el capital ni desapareció para siempre, gracias a las “reformas capitalistas del capitalismo”, ni se atenuó, ni fue subyugada por el nuevo sistema de poder mundial del capitalismo. Esa necesidad se mantiene tan viva y tan fuerte que la contra-revolución a escala mundial no logra alcanzar más que sus fines superficiales, aunque eso sea bien visible en las naciones capitalistas de la periferia. Lo que importa: la “verdadera contra-revolución” crece juntamente con la modernización y la internacionalización del capital; la contra-revolución activa o reactiva a su contrario, lo cual hace que hoy el marxismo sea tan verdadero y amenazador tanto en la esfera de la *praxis* como en el de la teoría.

Esas consideraciones surgieron en mi mente cuando recibí la invitación de J. Chasin de “escribir algo” destinado a este número de *Ensaio*. Oscilé entre redactar una evocación a Marx o aprovechar las anotaciones de algunas clases que vengo dando en el curso de Post-Grado de la Pontificia Universidade Católica de São Paulo. Finalmente, me decidí por la segunda alternativa (que permite mostrar cuál es la naturaleza de la “crisis del marxismo”...) y escogí como tema el programa de una clase sobre “desarrollo independiente de clase y lucha de clases”, expuesta el 16 de marzo de 1981 (y presentada nuevamente el 10 de agosto del mismo año). Es claro que el programa no podría tener acá el mismo aprovechamiento de un curso de tres horas o tres horas y media. Más allá de eso, varias citas tuvieron que ser omitidas (¡pero no todas!) Me pareció ese un buen modo de homenajear a Karl Marx en el centenario de su muerte. No preciso *probar* que sus ideas son vivas y actuantes. Basta establecer que ellas soportan la confrontación con una situación histórica tan distante y distinta, para concluir que el pensamiento teórico y práctico de Marx no perdió veracidad interna e histórica, y más bien ganó mayor eficacia revolucionaria. La ventaja de una discusión de este tipo es transparente. Ella evidencia cuál es nuestra relación con el marxismo. El Brasil, al igual que otros pueblos dependientes y explotados de América Latina, tiene que estar del lado del *marxismo revolucionario*, del marxismo auténtico, que obtiene su posibilidad teórica y su sentido práctico de la existencia del oprimido y de la capacidad auto-emancipadora de los trabajadores asalariados. *En el límite histórico de su manifestación como fuerza social revolucionaria, éstos no perfeccionan la sociedad burguesa –la destruyen.* ¡Esa es la esencia del capitalismo del siglo XIX, del siglo XX o del siglo XXI! No tiene ni puede tener otra, pues lo contrario exigiría que el propio Estado capitalista fuese capaz de “extirpar el despotismo del capital sobre el trabajo, condición de su propia existencia parasitaria”, como escribió Marx².

LA PERSPECTIVA DEL MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

Esta exposición se propone retomar la perspectiva del *Manifiesto del Partido Comunista*. Todavía hoy, es la que mejor permite explicar sociológicamente la formación y desarrollo de los proletarios como *clase en sí* y la que mejor coloca objetivamente las tareas políticas de las clases trabajadoras en la lucha de clases. No es una perspectiva “envejecida” o “superada” históricamente, pues las clases no desaparecieron y tampoco

² Marx. *La guerre civile en France 1871* (La Commune de Paris), (Paris, Éditions Sociales), p. 72.

la lucha de clases dejó de existir; tampoco es una perspectiva “eurocéntrica”, inaplicable en los países de desarrollo capitalista secundario y satelizado, porque lo que entra en juego son las condiciones mismas de existencia de las clases y de sus funciones sociales negativas y constructivas, que, como Marx indicó expresamente, puede variar de acuerdo el grado de desarrollo de las clases trabajadoras y asumir formas más humanas o más brutales³.

Dos cosas se imponen a la discusión preliminar: 1) la forma de desarrollo capitalista y 2) el estadio (o fase) relativo a la constitución de la clase trabajadora. No se puede tomar el desarrollo del capital industrial en Inglaterra como patrón histórico: este era, como los describen algunos economistas, auto-sustentado, disponía de varias ventajas relativas, entre otras, la capacidad de control sobre el comercio exterior, el impulso de inmensas colonias y de los dinamismos de explotación colonial, la precocidad de su hegemonía industrial y política, etc. Por otro lado, los ritmos de desarrollo y la vitalidad del capital se reflejan en los ritmos de desarrollo y en la vitalidad de la clase trabajadora. Sería paradójico que una “burguesía débil” tuviese como oponente, en la escena histórica, a un “proletariado fuerte”, pues la aglutinación y el vigor de la clase trabajadora reposa, literalmente, en el grado de desarrollo de la producción capitalista como un todo. Además, las secuencias históricas no son fijadas, de una vez por todas, o válidas universalmente. Marx señalaba, en el texto citado, que no se preocupaba con mayor o menor intensidad de los antagonismos sociales inherentes a las “leyes naturales de la producción capitalista”. Sino con las leyes mismas, con las “tendencias que actúan y se imponen con férrea necesidad” (de ahí la descripción que presenta: el país industrialmente más desarrollado muestra al de menor desarrollo la imagen de su propio futuro)⁴. Esto quiere decir: hay que buscar en los hechos concretos esas tendencias que retratan lo que ocurre gracias al desarrollo de la producción capitalista y también, inversamente, gracias a la insuficiencia de su desarrollo⁵.

Si se trata de aprovechar la perspectiva de descripción, de interpretación y de lucha política contenida en el *Manifiesto del Partido Comunista*, es conveniente explicitar la comparación entre la situación existente en el Brasil actual y la que prevalecía en Inglaterra, casi en el umbral de la segunda mitad del siglo XIX. Existen similitudes estructurales y dinámicas en la confrontación de las respectivas clases obreras. Al final, gracias a los efectos de la industrialización intensiva y de la modernización provocadas por los grandes conglomerados industriales, estas logran los requisitos económicos, sociales y políticos de la clase en sí (o sea, no solamente “una clase frente al capital”, sino una clase “en sí misma”)⁶. En términos comparativos, se trata de una evolución lenta, de aceleración oscilante y llena de ambigüedades. Si se toma la década de 1910 como punto de referencia, fueron necesarios 75 años para que la clase obrera alcanzase ese nivel histórico. Pero, los elementos diferenciales no aparecen sólo en la constitución de los proletarios como clase. Estos se diseñan con igual o mayor fuerza en la evolución de la burguesía, que no es una burguesía nacional y “conquistadora”, sino una burguesía asociada, dependiente y pro-imperialista. Por tanto, las diferencias específicas externas hablan respecto del contexto histórico: proceden de la estructura y de los organismos del capitalismo monopolista en la era actual, de la existencia de un sector hegemónico de la burguesía que es agente de la dominación imperialista, de papel activo desempeñado por el Estado (en las manos de esa burguesía asociada), en el desarrollo económico, en la inclinación a tratar a las clases oprimidas, en general, y el sector obrero, en particular, como un “enemigo del orden” –trabando deliberadamente, de este modo, su desarrollo de clase, reprimiendo las manifestaciones de autonomía del movimiento obrero y convirtiendo la lucha de clases en “cuestión policiaca”– etc. La burguesía, como un todo, encara su revolución como “desarrollo con seguridad”, excluyendo, si es necesario, mediante la

³ Cf. *El Capital*, trad. del Prof. M. Pedroso (México, Ediciones fuente Cultural,), s.d., el prefacio de la 1ª edición.

⁴ *Op. cit.*, p. 65.

⁵ *Idem, Ibidem.*

⁶ Cf. *Miseria de la filosofía*. Trad. M. Macedo (São Paulo, Flama, 1946), p. 155.

violencia extrema a la clase obrera de cualquier intento de creación de una comunidad política nacional (en el sentido en que ésta es conciliable con el despotismo del capital) y de realización de una *revolución democrática* (en el mismo sentido). Ella misma se incorpora a un sistema de poder mundial, que solapa institucionalmente esas tendencias, y confiere eficacia duradera al control violento del orden por parte de los estratos estratégicos de las clases dominantes.

Por tanto, la comparación desemboca en constataciones rigurosas y muy duras para las ansias revolucionarias de las clases trabajadoras. No por alcanzar un estadio de desarrollo que le ofrece una nueva realidad histórica, el proletariado brasileiro conquista automáticamente ventajas inmediatas y directas. Sería interesante meditar sobre el siguiente pasaje de Marx: arroja mucha luz sobre las conquistas recientes de los obreros del ABC y de sus sindicatos:

El proletariado, al imponer la República al Gobierno Provisorio y, a través del Gobierno Provisorio, a toda Francia, apareció inmediatamente en primer plano como partido independiente, pero al mismo tiempo lanzó un desafío para toda la Francia burguesa. *Lo que el proletariado conquistaba era el terreno para luchar por su emancipación revolucionaria, pero de ningún modo la propia emancipación.*⁷

Al enfrentar la dictadura y al desobedecerla, el proletariado quebró el arco del despotismo burgués –asustó a todo el sistema de poder capitalista en sus ramificaciones nacionales e internacionales, pero no conquistó otra cosa más que el espacio político que logró para luchar como clase plenamente constituida, que exige su autonomía como y en cuanto clase y la libertad para entablar tal lucha en todas las direcciones necesarias. La “revolución secundaria” de la burguesía no absorbe naturalmente (o bajo la presión de los hechos consumados) este avance del proletariado y, por consiguiente, no lo asimila como una fuerza social de equilibrio y de transformación progresiva del orden existente. Por su parte, el proletariado se ve compelido a sustentar las posiciones ganadas con sacrificios extremos, agregando, por así decir, todo para librarse colectivamente de un retroceso y de las tenazas de represión que busca atrofiar su capacidad de luchar por su emancipación de clase. Lo cual no impide que esa capacidad de lucha, a pesar de ser incipiente y todavía frágil, posibilite por primera vez en la historia del Brasil que el proletariado aproveche en su beneficio las contradicciones de la economía capitalista, de la sociedad atrasada, miserable y subdesarrollada que montó en el país, en el Estado burgués, títere del capital extranjero, de la dominación imperialista y permanentemente dictatorial, cualquiera que sea el color de su “legitimidad”. En suma, en el polo obrero la “revolución secundaria” de la burguesía es rechazada, siendo puesto en su lugar un proceso alternativo de revolución dentro del orden, fundado en los intereses de clase de los trabajadores, de la inmensa mayoría de los oprimidos, casi todos, en verdad, trabajadores semi-libres, más o menos privados de garantías económicas, de condición civil y de derechos políticos.

Por ahí el Brasil penetra en la fermentación política de la lucha de clases en la América Latina de nuestros días. Vive las crisis de la dominación burguesa por doble vía: la del Estado “nacional” títere y dictatorial, y la del sistema de dominación externa, con frecuencia bajo la hegemonía estadounidense. La primera ruptura de este esquema se manifestó claramente en Cuba⁸, con la conquista del poder por el Ejército Rebelde. El eje popular, democrático-nacionalista antiimperialista de la revolución, aplastó al antiguo

⁷ *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850* (cf. *Textos*, São Paulo, Edições Sociais, 1977, v. m, pp. 93198), cita extraída de la p. 117. La cursiva es mía.

⁸ V. Pierre-Charles, *Génesis de la Revolución Cubana* (México, Siglo XXI Editores, 1976) *Passim*. Cf. también J. Le Riverend, *La República. Dependencia y Revolución*, 3ª ed. (Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971), Caps. XII-XXIV; F. Fernandes, *Da Guerrilla ao Socialismo: A Revolução Cubana* (São Paulo, T. A. Queiroz, editor 1979), Cap. III.

régimen y al aparentemente invulnerable centro de poder neocolonial estadounidense. En este momento el proceso se repite: Nicaragua, El Salvador, Guatemala... El revolucionarismo democrático-popular, el nacionalismo revolucionario y el antiimperialismo fomentan la desestabilización de ese doble sistema de poder asociado. Sólo que en el Brasil, como en algunos otros países con mayor desarrollo industrial y mayor densidad de la clase obrera, el momento del proceso presenta sus peculiaridades. Las clases obreras sirven en definitiva como pivote para el agravamiento insoluble de la crisis del poder burgués. Mientras los estratos radicales de la burguesía y de la pequeña burguesía pactan con el orden, satisfaciéndose con los compromisos del “gradualismo democrático”, los sectores más firmes y decididos de la clase obrera y sus órganos de lucha política rompen frontalmente con la dictadura y combaten la recomposición del poder con todas sus fuerzas. La inestabilidad –el terror de la burguesía nacional y extranjera– se configura como el objetivo central. El orden existente nada tiene para ofrecer. Desestabilizarla es el primer paso para llevarla a la derrota, el punto de partida de la revolución de los oprimidos en las áreas en las cuales el capitalismo nació, creció y alcanzó su madurez vinculando el capital a varias formas enmascaradas de colonialismo.

Estos son dos ejemplos de la “ley de desarrollo desigual y combinado”. Hasta ahora sólo uno de ellos patenta, a través de Cuba, cómo se procesa la desagregación del monstruoso Estado burgués, que la repartija del mundo implantó en América Latina. El otro estuvo a punto de mostrarse de manera nítida, en Chile, pero la relación entre contra-revolución y revolución se inclinó hacia el lado más fuerte, más organizado y también más resuelto a la lucha sin piedad. Pero esto tiene poca importancia: las tendencias históricas se revelaron por completo. El poder burgués puede mucho y logra paralizar la historia prolongadamente. Con todo, llegado un punto decisivo de ruptura, se deteriora y se pulveriza rápidamente. La retaguardia imperialista no puede impedir esa evolución, pues si pudiese sellaría el destino de la civilización y de la humanidad. Después de que consigue completar el ciclo de su transformación como *clase en sí misma*, la clase obrera se convierte en el factor principal de alteración del orden, y lo haría en sentido capitalista, si el capitalismo tuviese para ellas, de hecho, “un rostro humano”. La obstinada resistencia de la burguesía nacional y extranjera, en su conjunto, no deja alternativa. La “revolución dentro del orden” se articula y se confunde con la “revolución contra el orden”. La disgregación del Estado burgués es fatal. Perdido o anulado por la mayoría de la población, el pilar de la violencia institucional encarnizada, se desmoronaba. Los que siempre fueron tratados como “enemigos del orden” y siempre fueron excluidos de la sociedad civil sólo encuentran una salida: construir un orden social propio y una sociedad civil transitoria, que ligue la revolución nacional-democrática y antiimperialista con la emergencia y la victoria del socialismo.

En resumen: no todo es negativo en las condiciones de “clamorosa injusticia social” en las cuales florece aquello que, hace tiempo, bauticé como capitalismo salvaje. Reflexionando globalmente sobre tales condiciones, es fácil constatar que por detrás de las dificultades del desarrollo de la clase obrera existen compensaciones fructíferas. Los proletarios, al constituirse como clase relativamente autónoma y capaz de desarrollo independiente, abren nuevos rumbos para toda la sociedad. Sus estrategias de lucha de clases son típicas de la periferia; no podría ser de otra manera, porque ahí está el núcleo de la socialización política que les quedó y del propio cierre histórico de la revolución burguesa por las élites de las clases dominantes, nacionales y extranjeras. No es ésta la ocasión para discutir si la violencia implacable de la minoría, por siglos, “justifica” la violencia efímera de la mayoría. Lo que importa es reconocer que esa violencia es constructiva, abre nuevas evoluciones y transforma la rebelión de los oprimidos en condición objetiva de emancipación de toda la sociedad. Por otro lado, lo que sobresale de todo el cuadro es la vulnerabilidad de la “transformación capitalista” en la periferia. ¿Qué pueden prometer las clases burguesas cuando estrangulan su revolución, si ellas no son capaces de ofrecer a las otras clases las condiciones de libertad intrínsecas a la existencia del capital y a la explotación del trabajo como mercancía?, ¿qué confiabilidad o “alianza”, también precaria, pueden ellas obtener cuando el orden que

representan aprisiona al “*trabajador libre*” a un odioso cautiverio bajo el látigo de la miseria, del saqueo desenfrenado y de la crueldad? El ímpetu hacia la emancipación, de una clase trabajadora formada en esas condiciones objetivas, disuelve todo y cualquier vínculo del obrero con la sociedad burguesa, funde anticapitalismo y antiimperialismo, el impulsa a *todos los oprimidos* a la “revolución total”. No es el fantasma de Marx que devela esa realidad. Son los hechos crudos y duros de una América Latina que no puede forjar su propia historia sin antes liberarse del despotismo del capital, convertido acá en despotismo pleno y global.

LAS TAREAS POLÍTICAS DE LA CLASE OBRERA

Las ponderaciones hechas anteriormente persiguen dos objetivos. Primero, resaltar que el *Manifiesto del Partido Comunista* contiene una proclamación revolucionaria válida para el presente inmediato y para el futuro distante de Europa y, también, para situaciones ulteriores, asociadas a la difusión del capitalismo en las antiguas colonias y a la expansión posterior del industrialismo. Marx y Engels tenían en la mira tendencias que eran simultáneamente históricas y estructurales. La *nueva historia*, tanto en Europa como en los países de origen colonial expresaría en primer lugar esas tendencias estructurales que se amoldaron a modos de producción pre-capitalistas, y que más tarde los transformó y destruyó. En todas partes, al constituirse, la clase obrera se convertía en portavoz natural de los oprimidos, cualquiera que fuese su proporción en el conjunto de la población local y del mensaje político del socialismo proletario. Segundo, si bien es importante recuperar el *Manifiesto del Partido Comunista* como un “clásico de las ciencias sociales”, más importante es aun su *lectura política*. En este punto el incurable entusiasmo revolucionario de Marx y Engels era pertinente: a sociedad de clases produce sus sepultureros y el fantasma que rondaba por Europa se extendió, con el correr del tiempo, por todo el mundo. Logradas las condiciones para un desarrollo independiente de clase, los obreros deben lanzarse a la arena política por sus propias causas, liberándose del patrocinio burgués y de la relación de rezago político con los intereses y las fuerzas del orden existente.

Esas tendencias estructurales que proceden de la organización social del modo de producción capitalista no tendrán las mismas repercusiones en los países-clave del capital industrial y financiero y en los países “huéspedes” de la colonización capitalista. En aquellos, independientemente del atraso o del avance de la burguesía, la revolución burguesa abrió caminos reales para la lucha de clases. Los varios estratos de la burguesía (y también de la aristocracia activa en el mundo de los negocios en sus distintos niveles) se aprovecharon de la “causa del pueblo” y de las grandes promesas que antecedieron y acompañaron a la conquista del poder por sus élites. La presión proletaria cavaba, pues, sobre todo el caldo post-revolucionario y existía espacio histórico para formas variadas de composición política. Cuando esa presión fue más allá de la “revolución dentro del orden”, amenazando la seguridad y el control del poder por la burguesía, esta mostró su verdadera *cara revolucionaria*: aplastó, primero en Francia y después en toda Europa, las rebeliones populares y proletarias que pretendían dar permanencia a la profundización de la revolución. Aun así, el socialismo proletario (e inclusive otras corrientes del socialismo) desempeñó una función constructiva, obligando a las clases burguesas a constantes alteraciones del orden económico, social y político. Por eso la revolución democrática de contenido burgués sólo es *burguesa en la contención del impulso revolucionario de las masas populares y proletarias*. En posiciones clara y firmemente contrarrevolucionarias, las clases burguesas *absorbieron* selectivamente las reivindicaciones revolucionarias que venían de abajo para arriba, diluyéndolas y anulándolas a través de un reformismo de autodefensa, frecuentemente complementado por la aplicación rectificadora de la fuerza bruta o de controles directos, más o menos eficientes. El capital procuró fortalecerse concentrando sus esfuerzos en el sentido de aburguesar la aristocracia sindical y obrera, de mantener los obreros ilusionados por la *causa nacional* (recuérdese del caso irlandés), de fragmentar de todas las formas posibles la solidaridad obrera, de ahogar

el socialismo en el descrédito político y en la persecución policial, etc. Esto no impedía que la burguesía tuviese que continuar y profundizar la revolución burguesa, bajo un contexto histórico reaccionario y contra-revolucionario (a veces con la guerra civil en pleno curso ayudando a las "reformas burguesas"), concediendo a los movimientos proletarios y socialistas posiciones estratégicas de contra-ataque militante y de interferencia en los dinamismos del Estado representativo.

Ahora bien, ese no es el panorama, a partir de los países más atrasados de la periferia europea y, con mayor relieve, en el mundo colonial y dependiente. Los estratos burgueses se formaron a través de los emprendimientos coloniales y de sus agentes trasladados hacia la periferia, o se originaron de varios tipos de aristocracia agraria y de intermediarios corruptos. Esa gente aumenta constantemente por las corrientes migratorias, que renuevan las reservas de talento de las élites de los estamentos dominantes (como sucedió, por otro lado, con la renovación de la fuerza de trabajo, del esclavo al trabajador forzado, al "trabajador libre", etc.). Las transformaciones que la economía mundial llevó a la periferia colonial engendraron, entonces, la aparición y la consolidación de tendencias de largo plazo de implantación del capital comercial, industrial y financiero que expresan las diferentes evoluciones del capitalismo competitivo fuera de Europa. Por consiguiente, instituciones económicas, sociales y políticas producidas gracias a las revoluciones inglesa y francesa, nacidas de la revolución estadounidense, fueron incorporadas a sociedades esclavistas o semi-esclavistas y dieron lugar a ultra-apariencias ideológicas, que hasta los analistas marxistas han eludido. Esas instituciones sirvieron, primero, para frenar las luchas populares, y para impedir, más tarde, que las nacientes clases trabajadoras se tornasen más o menos independientes. La "institucionalización" adquiere el carácter de un proceso "legal" y "legítimo" que confina y vacía a los movimientos de los oprimidos, forzándolos a escoger entre la opresión *paternalista* y el aplastamiento brutal. Las sucesivas "revoluciones" que vienen del tope de la sociedad son manipulaciones de defensa directa o indirecta del *status quo* y éstas no echan raíces profundas, pues son interrumpidas naturalmente (por el propio desarrollo de la sociedad), o son recogidas por sus actores después de obtenidos sus objetivos reales. Son instituciones-pantalla, que se alimentan de constituciones ideales y que separan, en el cuerpo de la sociedad, "lo que es" de lo que "debería ser" (por ejemplo: el México y Brasil reales del México y Brasil *ideales*).

Por ahí se verifica algo sociológicamente esencial. La formación de la clase obrera y la adquisición, por ella misma, de condiciones relativas persistentes de independencia más o menos efectiva, son por sí mismas elementos correctivos en la historia de la sociedad de clases en la periferia. Antes de amenazar y negar políticamente el orden existente, los obreros y sus organizaciones sindicales y políticas, por precarias que sean, obligan a las clases burguesas a que salgan de su aislamiento egoísta, auto-proteccionista y antisocial. Cobran, primero, una transposición clara de las instituciones dando combate incesante a su legitimidad congénita (esto es, buscando eliminar las apariencias sobrepuestas a las apariencias ideológicas originales). Atacan enseguida el cierre de la sociedad civil –su carácter o su esencia no civilizada, tanto como los privilegios que excluyen a la masa de los que no se clasifican socialmente como "gente" o "persona de corbata". Finalmente, desatan las revoluciones y las reformas burguesas típicas, como requisito *sine qua non* de la libertad del trabajo, del desarrollo independiente de la clase trabajadora, de la lucha política abierta y legal contra la presión directa del capital y la opresión indirecta de "Estado democrático". Este curso histórico es rico en choques y contiene una función regeneradora. Sería inconcebible en países en los que las tareas y funciones fueron históricamente vividas y cumplidas por la burguesía, con el apoyo o bajo la presión de las masas populares. Con todo, no siempre se hace posible. Con frecuencia es interrumpido o eliminado por crueles "baños de sangre", de registro conocido. Otras veces, este llega hasta cierto punto y por ahí es aplastado en nombre de la defensa de la propiedad privada, del orden, de la familia, de la civilización y ¡del cristianismo!... En el lenguaje de Marx (en el prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política*) o de Engels (en la última parte de *El origen*

de la familia, la propiedad privada y el Estado) se puede decir ya que ése es el comienzo del fin de la prehistoria de las sociedades de origen colonial y dependientes.

Esto quiere decir, literalmente, que la primera tarea política de la clase obrera en su constitución, en el aparecer y configurarse como clase en sí misma, consiste en revolucionar la vieja sociedad en sentido específicamente capitalista y burgués. El proceso global de constitución de la clase comprende esa regeneración del orden existente, que no puede resultar de la acción política espontánea de las clases burguesas y, tampoco ecuacionarse políticamente como un desdoblamiento normal de las "evoluciones interrumpidas"⁹. El bloqueo de esa regeneración no tiene importancia real. Al contrario, ayuda a fomentar la movilización política de la masa de oprimidos, a colocar las clases obreras a la cabeza de las insurrecciones y a politizar revolucionariamente sus sectores más firmes y decididos. En el conjunto, durante cierto tiempo, las reivindicaciones socialistas propiamente dichas poseen más una función educativa, no representando una fuerza real de revolución del orden (como sucede en Europa). La capacidad de autodefensa y de iniciativa independiente de la clase obrera es esencial, a su vez, porque de eso depende la continuidad de los dos procesos concomitantes y que caminan juntos (el de la constitución de la clase y el de la regeneración del orden existente). En el límite, si la resistencia obstinada de las clases burguesas (incluyendo en ellas todos sus componentes, incluida la burguesía internacional y los órganos externos de dominación imperialista) se revela implacable dadas ciertas condiciones de continuidad del desarrollo capitalista o, a la inversa, del colapso de este, la lucha de clases tendrá que desencadenarse en el terreno de la guerra civil revolucionaria.

Esa situación histórica, que se concretizó en Brasil y en otros países de América Latina, requiere cuidadosa atención por parte de los marxistas. No significa que el trabajador asalariado se movió (o fue movido) de la oposición de sepulturero a la de partero del capitalismo difícil. Apenas indica que la formación y el desarrollo de la clase obrera descargaron sobre los hombros del trabajador la compleja tarea de conciliar la formación y el desarrollo de la clase con la defensa intransigente de ciertas condiciones generales de libertad política. Por tanto, no existe el dilema según el cual el obrero o defiende la normalidad del orden y el desarrollo capitalista, o la "sociedad nacional" periclitada. Un capitalismo que depende de la actividad del obrero para *crecer y reformarse*, que no se revela suficientemente maduro para concentrar en las clases burguesas los dinamismos reales de la sociedad de clases y del Estado burgués, es un capitalismo condenado a la crisis permanente y a desaparición precoz. Sin duda existe el riesgo de una sub-socialización pasiva del trabajador; puede él proponerse una identidad errada y dañina de defensa del "*nuestro capitalismo*" (algo más difícil hoy que en el pasado a causa de la presencia masiva de las multinacionales y de la visibilidad negativa del imperialismo). Lo normal, sin embargo, es que la formación de la clase en sí, barrida y bloqueada por tanto tiempo, al presentar sus frutos haga a los obreros más o menos conscientes de quién son los agentes finales de las grandes transformaciones históricas. Que pasen paulatinamente del descubrimiento de la debilidad orgánica de su "burguesía nacional" hacia una conciencia clara de que el motor de la historia está, a fin de cuentas, en manos de las clases oprimidas y en la capacidad de lucha política de sus sectores más organizados.

La propia aparición de la clase obrera como clase independiente es ya, por sí mismo, una manifestación de la "revolución dentro del orden", una victoria contra el despotismo ciego de la burguesía. Todos los progresos en el sentido de fortalecer y dar continuidad a la revolución nacional, a la revolución democrática y, por consiguiente, a la descolonización total y a la liberación de todos los oprimidos, contiene el

⁹ Cf. O. Fals Borda. *Las Revoluciones Inconclusas en América Latina. 1809-1968* (México, 1968); A. Gilly. *La Revolución Interrumpida, México 1910-1920: Una Guerra Campesina por la Tierra y el Poder* (México, Ediciones "El Caballito" 1971); F. Fernandes, "Reflexões sobre as *Revoluções Interrumpidas* (Uma Rotação de Perspectivas), en *Poder y Contra poder na América Latina* (Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1981), Cáp. 3.

mismo significado. En esas condiciones, la percepción clara de las contradicciones que oponen capital y trabajo, reproducción de la acumulación capitalista acelerada y intensidad de la explotación de la plusvalía relativa, etc., apuntan en la misma dirección. Es necesario que las organizaciones obreras sean capaces de introducir contenidos socialistas específicos en la conciencia de clase de los obreros y definir con claridad los objetivos socialistas, o que deban planear por encima de procesos más o menos circunstanciales e inmediatistas de lucha económica, de lucha política. ¿Cuál es, por ejemplo, el contenido proletario de la democracia?, ¿qué debe hacer la clase obrera para convertirse en el sector principal de todos los oprimidos y dirigirlos no sólo en la conquista de garantías sociales y políticas, en la transformación de la sociedad civil existente (una sobrevivencia atenuada de la sociedad esclavista), en la “democratización” del Estado representativo, etc.? En pocas palabras: sólo el socialismo proletario y revolucionario, sólo la “óptica comunista” exigente puede infundir a la conciencia teórica de clase de los obreros y a sus luchas políticas una dimensión que no sea contingente e inmediatista, que envuelva la tarea mayor y esencial de esa clase, el combate que disuelve la propiedad privada, el trabajo como mercancía, la explotación de clase, la dominación de clase, el Estado burgués, etc.¹⁰

Por ahí se delimita el recorrido más complicado del socialismo proletario y revolucionario. Es necesario crear condiciones que el desarrollo capitalista asociado no engendró para fomentar la solidaridad de clase obrera a escala nacional y de alcance internacionalista. Es necesario que el propio trabajo se convoque a sí y ejerza funciones constructivas, que el capital dejó de desempeñar en la construcción de una sociedad civil burguesa y de su Estado democrático. Es necesario también disociar las organizaciones obreras de cualquier amalgama con el orden existente, como aconteció por ejemplo en los Estados Unidos, para que la competición *individualista* no provea los moldes y los contenidos de los sindicatos o de la “identidad obrera”. Más allá de eso, es necesario dar pleno curso al socialismo proletario, única arma real en la lucha de la clase obrera con la filosofía y la acción práctica de la libre iniciativa y de la libre empresa. El obrero no puede ser “más o menos socialista”, socialista “democrático”, “gradualista” y “reformista”. Requiere aprender cuáles son las fronteras actuales y las fronteras futuras de la historia, que él está construyendo con sus manos, con sus sacrificios y con su miseria. El marxismo necesita colocarse delante de ese cuadro histórico total para presentarse con su verdadera y única fisonomía a las clases trabajadoras y conquistar, dentro de ella, la importancia que debe tener en la dinamización y la orientación revolucionaria de la lucha de clases.

LA ÓPTICA MARXISTA DE LA LUCHA DE CLASES

Para la conciencia burguesa y para la economía política, el *capital crea todo*: el desarrollo capitalista, la masa de trabajo, el progreso tecnológico, la libertad política, el Estado democrático, el florecimiento de la cultura, etc. En verdad, el capital sólo se produce y se reproduce cuando surgen las condiciones especiales e históricas de existencia de la propiedad privada, de la acumulación capitalista acelerada, de la constitución de un ejército industrial de reserva, etc. Por tanto, la burguesía se atribuye la creación de condiciones que la producen y la reproducen, así como producen y reproducen el trabajo como mercancía. Una representación ideológica de la realidad permite al capitalista (y, en consecuencia, al economista, su “ideólogo”) promocionar esa portentosa mistificación y, al mismo tiempo, a robar al trabajo toda su importancia histórica activa y creadora. El mensaje de *El Capital* es claro: no existe ese mundo en el cual el capital pudiese prescindir del trabajo o viceversa (como pretendía el socialismo reformista), que el capital pudiese sobrevivir hasta la eliminación o hasta la sustitución del capitalista. Trabajo y capital están presos uno al otro en el modo específico de producción capitalista, no sólo estructuralmente, sino también

¹⁰ Si el lector tuviese interés en profundizar esta discusión con respecto al Brasil, v. F. Fernandes. *Brasil: Em Compasso de Espera* (São Paulo, Hucitec, 1980), Introducción, pp. 1-36.

dinámicamente, por medio de contradicciones que impone, con el crecimiento del capital y del trabajo, la rebelión auto-emancipadora de los trabajadores. Por consiguiente, la dialéctica del trabajador libre no se concilia con una reforma providencial ni con una regeneración del capitalismo, que llevasen al mejor de los mundos posibles. La socialización encuentra su límite en la apropiación privada de los medios de producción, en el trabajo como mercancía desvalorizada y en la concentración de clase de la riqueza y del poder en manos de la burguesía. La socialización proletaria tiene su punto de partida en los intereses comunes de los trabajadores antagónicos a los del capital, en la solidaridad de clase de los trabajadores, a escala nacional e internacional, y en la negación del orden, existente en todos los niveles, el de la producción, el de la organización de la sociedad y el del *Estado democrático*, que funciona como un órgano de dictadura de clase. Esta relación contradictoria con base estructural y dinámica económica hace que la historia de la sociedad de clases sea una historia de lucha de clases, y la convierte en la forma antagónica de sociedad más vulnerable a los conflictos sociales profundos e irreconciliables. Por otro lado, impide que se pueda pensar el *desarrollo capitalista* abstractamente, como un proceso que depende solamente o del capital o del trabajo. Resulta claro que el papel de uno y otro constituye una función del grado de desarrollo del capitalismo. Más aún, a partir de la existencia de modo especial y histórico de producción capitalista, toda evolución esencial –regresiva u progresiva– del desarrollo capitalista depende conjuntamente del capital y del trabajo y, más específicamente, de la relación recíproca antagónica de un con el otro. Los mitos sobre el “empresario creador” y del “capitalista como inventor” encuentran sus límites en el ámbito de lo que Marx designó como la “época de la revolución burguesa”, durante la cual se constituyó la moderna sociedad de clases. Desde que la acumulación simple se tornó en una estructura elemental y subyacente del capital y la acumulación capitalista acelerada domina toda la escena histórica, la transformación y la negación de la sociedad burguesa por los proletarios pasó a ser un elemento central del crecimiento de las fuerzas productivas y del nuevo tipo de revolución social, engendrado por la sociedad de clases.

La recuperación de aquello que se podría llamar como perspectiva marxista original de descripción sociológica revolucionaria de la lucha de clases es fundamental. Marx y Engels vieron la lucha de clases como investigadores científicos y como revolucionarios con una *posición comunista*. Gracias a la primera condición, recusaban toda utopía; gracias a la segunda, trascendían al moralismo abstracto, al radicalismo burgués y al socialismo reformista, girando directamente hacia los procesos de revolución social intrínsecos a la lucha de clases y a las tendencias históricas de disolución de la sociedad burguesa. Podrían fundar sus análisis y previsiones sobre las fuerzas sociales que las dos clases antagónicas eran capaces de movilizar históricamente y luego se dieron cuenta de las ventajas relativas que favorecían a la burguesía a escala europea y mundial (en escritos posteriores al *Manifiesto del Partido Comunista*), las cuales no podían, entre tanto, suprimir el carácter antagónico de la sociedad burguesa y tampoco extirpar el significado revolucionario de la lucha de clases. Asimismo, su posición comunista no sólo implicaba una total ruptura ideológica y política con el orden existente: exigía que la lucha de clases fuese proyectada en su recorrido histórico del presente al futuro próximo y al futuro distante, según los tres objetivos que debe centralizar la colaboración de los comunistas con los movimientos obreros. He aquí como son formulados lapidariamente:

constitución de los proletarios como clase. Derrumbe de la supremacía burguesa, conquista del poder político por el proletariado.¹¹

Estos son naturalmente objetivos *realistas*, que muestran que la revolución no es una aventura: es un producto de la actividad colectiva que los trabajadores, la principal fuerza productiva dentro del capitalismo y la única fuerza realmente revolucionaria en el seno de la sociedad burguesa. En la medida en que se

¹¹ Marx y Engels. *Manifiesto del Partido Comunista*, en: H.J. Laski, *El Manifiesto comunista de Marx y Engels* (Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1978), p. 105.

transforma la relación de la clase obrera con la sociedad burguesa, se pasa de una etapa a otra dentro de un mismo proceso revolucionario que es, por su naturaleza y objetivos, un proceso histórico de larga duración. Estos objetivos, por así decir estratégicos, calibran la actividad transformadora de la clase obrera en cada una de esas etapas, pero presupone unívocamente un rechazo (y, por tanto, una negación y una superación) *total* de la sociedad burguesa (por consiguiente de la alienación del trabajador, de la “objetivación” que la propiedad privada, el capital y el trabajo como mercancía le impone, de la existencia de clases, del hegemonía ideológica de la burguesía del *Estado Democrático*, etc.) El siguiente pasaje, al cual recurro por tercera o cuarta vez, en razón de su valor ejemplar, esclarece de modo cabal el valor de ese rechazo dentro de la óptica marxista de la lucha de clases:

Nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente, hasta que sea eliminada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado, hasta que la asociación de los proletarios se desenvuelva, no sólo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales que cese la competición entre los obreros de estos países, hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en las manos del proletariado. *Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de atenuar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva.*¹²

Sería conveniente examinar la estructura del horizonte histórico y político del observador-agente activista revolucionario. ¿*Estarían Marx y Engels proyectando su voluntad de transformar el mundo en la realidad de la lucha de clases?* O, al revés, gracias a su posición *frente* a esa realidad, y a la *relación activa con ella*, ¿lograron capturar “el movimiento real” en todos sus aspectos y en todas sus direcciones? Había una deformación ideológica en la economía política. ¿No habría una *exageración científica de la verdad* o una *exorbitancia política* en el interior de la ambiciosa interpretación marxista de la lucha de clases? De hecho, por primera vez en la ciencia social histórica, el esquema interpretativo usual –presente → pasado– era puesto del lado, sustituido por un nuevo esquema interpretativo dialéctico – presente →← pasado en conexión directa con presente →← futuro. Y, por primera vez, igualmente, este esquema servía de principio interpretativo y como criterio de acción, fundiendo ciencia y revolución (o teoría y *praxis*). No se trataba de colocar una *utopía* o un *tipo ideal* en lugar de la realidad (algo *creado por el pensamiento*, con base en las cosas, pero sin sus “impurezas”). Sino de tomar la lucha de clases como totalidad histórica, representándola y explicándola como tal, en consonancia con un método que Marx describiría más tarde:

lo concreto es lo concreto, porque es la síntesis de muchas determinaciones; esto es, unidad de lo diverso. Por eso, lo concreto aparece en el pensamiento como el proceso de síntesis, como resultado, no como el punto de partida, no obstante sea el verdadero punto de partida y, por tanto, el punto de partida también de la percepción y de la representación.¹³

La lucha de clases vista desde el polo proletario y revolucionario no sólo transforma el presente: incorpora en sí misma los elementos del futuro que están incubados, por lo menos parcialmente (en términos estructurales y dinámicos), en la existencia de las clases, de sus antagonismos sociales y en el movimiento social comunista; o sea, en los impulsos de los trabajadores en el sentido de alterar la sociedad existente y de crear una sociedad nueva. Por eso, la práctica política revolucionaria exigía un conocimiento teórico específico, capaz de entender la situación histórica como totalidad; que revelase la lucha de clases en sus

¹² Marx y Engels. “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en: *Textos*, op. cit., V. 3, pp. 86-87. La cursiva es mía.

¹³ Marx, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, trad. e intr. de F. Fernandes (São Paulo, Flama, 1946), p. 220 (texto del epílogo).

múltiples determinaciones y en sus vastas consecuencias en el plano cotidiano e inmediato y en su "sentido histórico general".¹⁴

ALGUNAS CUESTIONES CANDENTES

Para completar este sondeo sobre la óptica marxista de la lucha de clases, es esencial debatir tres cuestiones de gran actualidad en la presente situación política brasileña. La primera cuestión hace referencia a las fases y a sus desdoblamientos. La lucha de clases no se da en el vacío. Es preciso determinar los componentes de la coyuntura y, en especial, evaluar el potencial relativo de lucha política del que dispone la clase obrera, en función de las tareas que le son posibles en las confrontaciones económicas, sociales y políticas con las clases burguesas. Por otro lado, el referido potencial depende también de las fuerzas externas, o sea de alianzas con otros sectores de las clases subalternas como el "hombre semi-libre" del campo, de la pequeña burguesía y de los sectores radicales de los diferentes estratos de las clases burguesas. Lo que determina tales alianzas es, naturalmente, la posibilidad de que esté al alcance de la clase obrera concretizar sus objetivos de coyuntura y de largo plazo en la escena histórica, en la cual entran tanto las corrientes internas de transformación de la sociedad, como las corrientes de la historia mundial. La segunda cuestión se refiere a algo que ha ocurrido reiteradamente: el bloqueo del pasaje de una fase a otra en la lucha de clases. El capitalismo monopolista en su fase de apogeo del imperialismo ha echado mano de técnicas de control social que dificultan o impiden los mencionados pasajes (no ciertamente como "efecto normal del capitalismo organizado", sino gracias a la utilización abiertamente contra-revolucionaria o reaccionaria de los medios de opresión y de represión de la clase obrera, compelida por la socialización ideológica y política a identificarse con la democracia burguesa). A esa evolución se agrega la situación dominante en la periferia: la dictadura de clase del capital aparece ahí, abierta o disfrazadamente, en la forma política del gobierno dictatorial. La propia constitución de la clase en sí misma es dificultada o solapada de varias maneras y las últimas dos fases con las tareas políticas correspondientes de la clase obrera, encuentran una oposición sistemática y impía. El terrorismo burgués asume entonces proporciones e intensidad que culminan en combinaciones "coloniales": la pantalla del Estado democrático oculta una democracia restringida persistente y se sustenta sobre la base del despotismo institucionalizado. No obstante, es en esa frontera que el polo obrero puede activar con mayor ardor y firmeza los procesos revolucionarios que sacuden esas sociedades, y llegar más fácilmente a la conquista del poder por la mayoría. La tercera cuestión se relaciona con la forma de insurrección de los oprimidos. Para varios tipos de conservadores esclarecidos, de rebeldes moderados y de revolucionarios extremistas, no existe más espacio histórico para la lucha de clases y en particular para que los trabajadores puedan desempeñar las tareas políticas revolucionarias de disolución de la sociedad de clases, de institución de un Estado democrático obrero (o popular) y de constitución de una sociedad de autogestión (requisito y punto de partida para el advenimiento del comunismo). En ese caso, el *Manifiesto del Partido Comunista* continuaría siendo uno de los picos del humanismo revolucionario del siglo XIX. Pero pertenecería al museo de la historia...

El propósito que me anima consiste en suscitar *toda la problemática de la lucha de clases*, cómo se la repone cien años después de la muerte de Marx (no obstante el lector requiera llevar antes, por su cuenta, la reflexión crítica y política sobre el asunto). Nuestra situación histórica continental y nacional es rica en

¹⁴ En el programa de la clase, se seguía acá una discusión de las fases –“ los trabajadores constituyen todavía una masa incoherente y diseminada por todo el país, dispersa por la concurrencia mutua”; “el proletario no crece únicamente en número; se concentra en masas cada vez mayores y toma conciencia de eso”; finalmente los “períodos en que la lucha de clases se aproxima la hora decisiva” (cf. *Manifiesto del Partido Comunista*, op. cit., pp. 100-105). Esa excursión por los textos fue suprimida, para no alargar aún más este artículo.

experiencias frustradas, de misiones de sindicatos y partidos obreros, de ausencia de identidad proletaria y verdaderamente socialista o comunista, de sacrificios que desembocan en composiciones dóciles con los dueños del poder, en la colaboración de las clases y en el “populismo” y, aquí allá, eclosiones que desembocan en el extremismo político compensatorio y suicida, que confunde revolución social con grandeza, autoinmolación y desesperación. Por eso, es tan pertinente esta digresión. Una invitación a lector para que reflexione sobre esta situación *en términos marxistas*, cuando menos para reeducarse objetivamente en el uso de la imaginación revolucionaria, que no se desprenda del movimiento histórico real ni exorbita intelectualísticamente en relación a las verdaderas fuerzas revolucionarias que operan, de hecho, de modo silencioso pero implacable. Los dueños del poder no eluden los riesgos que corren. Con todo, subestiman esas fuerzas, luego suponen que ellas siempre podrán ser detenidas como siempre sucedió desde el remoto pasado colonial hasta hoy –por el empleo salvaje de la violencia cruda o de la violencia organizada y “modernizada”.

En cuanto a la primera cuestión, me parece suficiente que el lector lea y relea la siguiente descripción de Gramsci, y medite sobre ella con madurez:

Sabemos que la lucha del proletariado se desenvuelve en tres frentes: la económica, la política y la ideológica. La lucha económica posee tres fases: de resistencia contra el capitalismo, esto es, la fase sindical elemental; de ofensiva contra el capitalismo, por el control obrero sobre la producción; de lucha por la eliminación del capitalismo a través de la socialización. La lucha política también posee tres fases principales: lucha para frenar el poder de la burguesía en el Estado parlamentario, esto es, para mantener o crear una situación democrática de equilibrio entre las clases que permita al proletariado organizarse y desarrollarse; lucha por la conquista del poder por la creación del Estado obrero, esto es, una situación política compleja a través de la cual el proletariado moviliza en torno de sí toda fuerza social anticapitalista (en primer lugar, la clase campesina) y la conduce hasta la victoria; fase del proletariado organizado en clase dominante para eliminar todos los obstáculos técnicos y sociales que se interponen a la realización del comunismo.¹⁵

Se puede argumentar que la separación didáctica entre lo económico y lo político no sea “marxista”. Sin embargo, esta es congruente y permite especificar la correlación entre las transformaciones del modo de producción y las alteraciones concomitantes a la esfera del poder, dejando patente, más allá de eso, que el proceso revolucionario infunde a lo político un carácter determinante (algo que Lenin resaltó en sus escritos de diversas maneras). En fin, indica la *lógica política* inherente a cada fase: el partido revolucionario de los trabajadores tendrá que montar varias estrategias y tácticas de lucha (en los planos económico, político e ideológico), que se modificarán de una fase a otra. Gramsci abordó bien el asunto: no se trata de aplicar un catecismo revolucionario. Se trata de acompañar las transformaciones del proletariado en su revolución y llevarlo a aprovechar su potencial de lucha revolucionaria de manera decidida y creadora.

En cuanto a la segunda cuestión, hay que tener siempre en mente que, desde una perspectiva marxista, el bloqueo de la evolución indicada en una de las fases no significa inviabilidad de la revolución social de la clase obrera. Con las transformaciones del capitalismo, gracias a las grandes corporaciones, internacionalización de la producción y del mercado y la aglutinación del Estado democrático nacional con el sistema capitalista mundial de poder, la autodefensa del capital ganó mayor eficacia y el padrón histórico de la contrarrevolución burguesa asumió una nueva forma histórica. Desde ese prisma, no fue la revolución de las clases trabajadoras, producidas bajo el capitalismo, la que “desapareció” o se “evaporó”. A lo que parece, fueron las clases trabajadoras las que se atrasaron en la modernización y en el uso eficaz de sus técnicas de lucha de clases. Las burguesías de los países capitalistas centrales (y de la superpotencia, los

¹⁵ A. Gramsci. *Scritti Politici* (Roma, Editori Riuniti, 1973), V. III, p. 119

Estados Unidos) y de los países de la periferia ganaron más que un respiro. Conquistaron muchas ventajas relativas, significativas en términos de las alteraciones de los patrones de guerra, de represión y de opresión directa o indirecta. Solamente el marxismo deslinda este problema: a la nueva envergadura de la contrarrevolución corresponde un proceso natural de desarrollo cuantitativo y cualitativo de la revolución. No de un proceso automático ni de una fatalidad. Las contradicciones intrínsecas a las relaciones entre el capital y el trabajo llegaron a su punto más explosivo y no se puede tener –en tales condiciones– una estabilización artificial del orden existente *ad infinitum*. Esas contradicciones trascienden en muchos puntos el esquema restrictivo de la lucha de clases, lo cual arroja en la escena histórica nuevas fuerzas sociales de disidencia y de desestabilización política y fortalece, a largo plazo, el potencial revolucionario de las clases trabajadoras. La situación es aún más compleja en la periferia, en la cual las masas populares no tienen otra salida que recurrir a la contra violencia organizada; o sea, los trabajadores disfrutaban de una base material y política aún más propicia para una irrupción revolucionaria incontrolable desde arriba. Por tanto el bloqueo de una fase no impide la revolución proletaria. Prolonga las “crisis burguesa” e incentiva el “salto” de etapas, haciendo inevitable la coexistencia de fases o, más frecuentemente, provocando un pasaje más rápido o la eliminación de la fase intermediaria, la ida directa a la conquista del poder. Si se toma como referencia el ejemplo de la Revolución Rusa, se comprueba que tal bloqueo no protege al orden establecido. Al contrario, hace saltar el tren de las rieles con mayor facilidad, desde que la situación histórica revolucionaria se agrava o se profundiza. Entonces, la única salida que queda abierta lo conduce al partido de la revolución, en nombre y con el apoyo activo de las clases trabajadoras, hacia la toma del poder y la institución de un gobierno revolucionario.

La tercera cuestión se relaciona con la situación histórica hoy en día: dos sistemas políticos en confrontación –el del capitalismo monopolista de la era actual (o “capitalismo tardío”) y el del socialismo de transición (el “socialismo difícil” o “socialismo real”)– habrían engendrado una especie de coexistencia estática y paralizadora. Lo que conduciría la historia (o su equivalente funcional) no sería la lucha de clases, sino el “poder de disuasión militar” de estos bloques. En ambos lados la caza del *enemigo interno* tendría el mismo significado que la neutralización (o, en última instancia, la destrucción) del *enemigo externo*. No se puede ignorar lo tanto que el advenimiento de regímenes de identidad proletaria y socialista –sin una revolución concomitante en los países capitalistas más avanzados– fortaleció la capacidad de autodefensa y hasta la terrible fuerza agresiva del capitalismo. Del mismo modo, no se puede dejar de lado la significación del “cerco capitalista” en la complicación y en dificultar el desarrollo revolucionario del socialismo. Sin embargo, ahí están los nuevos marcos de la historia y, por tanto, del desarrollo y del sentido de la lucha de clases. Esta continúa su flujo en los *dos mundos*, el capitalista y socialista, ni podría ser diferente. En el primer *mundo*, porque la lucha de clases sólo puede desaparecer con la disolución de la propia sociedad de clases. En el segundo, porque la extinción de la lucha de clases no es conciliable con el llamado “periodo de transición”, en el cual la clase trabajadora ejerce –o debería ejercer– dos principales tareas revolucionarias: por un lado la destrucción y extinción de las viejas instituciones legales, de la dominación de clase, del Estado democrático burgués, etc., y por el otro la creación de las condiciones materiales, políticas y morales necesarias para desarrollar la dominación de la mayoría y, más tarde, para la aparición de la “libre asociación de productores iguales”¹⁶. Está claro que la revolución proletaria y socialista se enfrenta a nuevos obstáculos, nacidos de esa situación histórica mundial. Y no basta ver y exagerar unilateralmente la influencia limitada o también negativa del llamado “socialismo en un solo país”. Hoy existe una variedad de países en transición hacia socialismo y el mayor dilema que éstos suscitan está en la ausencia de *un sistema internacional de poder socialista*, que pudiese lanzar su peso en la protección y aceleración de las corrientes revolucionarias de la historia. El cerco al enemigo interno y externo resulta así mucho más fácil para los países capitalistas, pues no hay una fuerza capaz de ejercer, en el plano

¹⁶ Frase tomada de Engels. *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, trad. L. Konder (Rio de Janeiro, Civilização Brasileira), p. 196.

internacional, influencias creadoras de larga duración en la corrección de los desequilibrios generados por la forma capitalista de disuasión político-militar.

Esto no quiere decir que las tres fases de la evolución en la clase obrera y de la lucha de clases –la de los trabajadores como una *congérie*; como una clase en sí; y como una clase empeñada en “derrotar la supremacía burguesa” y en “conquistar el poder”– hayan desaparecido o, más aún, que la última fase sea actualmente imposible. La siguiente afirmación por ejemplo, descubre esa posibilidad:

en la situación contemporánea ya no es posible concebir tampoco las tareas inmediatas de los movimientos sociales en términos de la conquista política del poder –al contrario de lo que ocurría cuando la tarea histórica mundial era romper el primer y ‘más débil eslabón de la cadena’–, sino en términos de las alternativas estratégicas socioeconómicas, con implicaciones globales de largo alcance.¹⁷

No obstante lo que contiene de verdadero, cuando son tomados en cuenta los conflictos y las consecuencias de la confrontación entre los dos sistemas mundiales de poder, esa afirmación ignora dos cosas. Por un lado, que esa forma de fricción de los dos sistemas es típica de un periodo de la “fase de transición”, el cual confirió ventajas relativas a las potencias capitalistas y a sus satélites. Estamos todavía en ese periodo, cuya función ha sido la de prorrogar y detener la generalización de procesos revolucionarios, que acarrearían la muerte más o menos rápida de la civilización burguesa. Por otro lado, que la sobrevivencia y la revitalización de esta civilización, en los países centrales y en la periferia, en vez de tornar innecesaria o inútil la lucha de clases, la convierten en un factor histórico crucial. Como pensaba Hegel, la agonía es una situación trágica y contradictoria. No se puede esperar que una civilización tan rica y llena de recursos acepte el declive y el colapso pasivamente. En esos límites, ¿de dónde surgirán *las fuerzas motrices de la historia*? ¿De la “revolución de arriba para abajo”, nacida de ocupaciones militares, como sucedió en el Este de Europa?¹⁸ ¿O directamente de las clases trabajadoras, que sólo precisan recuperar el control de los medios de su auto-emancipación colectiva y readquirir la confianza en sí misma, en su revolución y en el comunismo? Uno de los grandes méritos de Marx fue el de no haber tomado la revolución burguesa como paradigma de la revolución proletaria¹⁹. La universalización de ésta deberá acompañar la propagación de las insurrecciones obreras y no ser un subproducto de la existencia de uno o de algunos centros dominantes de realización y difusión del socialismo.

¹⁷ I. Mészáros. *Marx: A Teoria da Alienação*, trad. de W. Dutra y superv. de L. Konder (Rio de Janeiro, Zahar Editores, 1981), p. 22.

¹⁸ Cf. I. Deutscher. *Stalin. A Political Biography*, 2ª ed. (New York, Oxford University Press, 1996) (reimpresión de 1967), p. 533 ss., esp. pp. 542-543 y 552 ss.

¹⁹ Lo cual queda patente en las explicaciones sobre las funciones de las clases en la sociedad burguesa (cf. *La ideología alemana, Miseria de la filosofía y Manifiesto del Partido Comunista*). Tomando la cuestión en términos de contraste histórico, Marx sugiere conclusivamente que las dos revoluciones difieren en sus exteriorizaciones y en sus dinamismos, así como la especificidad de la revolución proletaria como construcción del presente en devenir y del futuro, cf. *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte* (Paris, Editions Sociales, 1945), p. 910.